

que en esto de participar entrañablemente con lo español era uno más y de los mejores (12).

Por último, termino con esta cita de Angel del Río para no hacer larga la serie de opiniones y pareceres que sitúan la obra mironiana o intentan situarla:

«Juntos [Miró y Gómez de la Serna] representan la liquidación del 98 y del modernismo... El fondo humano, los personajes abúlicos, el pesimismo lírico de Miró, igual que los elementos más característicos de la arbitraria visión de la exorbitancia española de Gómez de la Serna proceden casi íntegros del 98. Hay además en el arte delicadísimo de la prosa de Miró mucho del modernismo y por eso se le ha relacionado siempre con artistas del lenguaje como su coterráneo Azorín, Valle Inclán o Juan Ramón, a quien se parece más en la sutileza y espiritualidad y en el predominio de ciertos estados líricos... Está, pues, la obra de estos dos prosistas muy unida a la de sus antecesores, pero en ellos todos estos elementos adquieren un sentido distinto, nuevo. En Miró el impresionismo de la generación anterior se estiliza y se lleva hasta su máxima expresividad. Su arte es sensación pura» (13).

Si queremos sacar consecuencias comunes de todas las opiniones transcritas—más se podrían aportar—, resulta que Gabriel Miró es un zaguero del modernismo y de la generación del 98. Unas veces se nutre de una de estas escuelas literarias, otras de las dos, otras es un modificar o el que cierra, no herméticamente por cierto, estas dos manifestaciones. No sé si me aventuro temerariamente al apuntar que Gabriel Miró es otra cosa. Es, en mi opinión, un escritor aparte que va por su propio camino, que es capaz, indudablemente, de crear un nuevo andar muy personal, muy suyo, en las rutas varias que la literatura ofrece a los mejor dotados. No le faltaba genio creador y es seguro, me atrevo a creerlo, de que era consciente de lo que quería alcanzar y alcanzó: «Yo me miro más a mis anchas y a solas, sin fatuidad, pero sin mengua de mi aprecio» (14). Sobre esta cuestión fue certeramente tajante Ramón Pérez de Ayala al declararle «cabeza de linaje» (15).

Analícemos a qué blanco o blancos apuntaba y de algunos de los medios que se valió. Comencemos por lo que él nos facilita sobre

---

(12) Aparte de sus poemas de exaltación española, recuérdense sus artículos *El triunfo de Calibán* y *El crepúsculo de España* sobre el desastre del 98.

(13) *Historia de la literatura española*. New York, The Dryden Press, 1948, II, pp. 232-233.

(14) Lo pone en boca de Sigüenza en el *Libro de Sigüenza* (cap. «Llegada a Madrid»).

(15) *Heraldo de Madrid*, 19 enero 1927. Cita tomada del libro *El mundo de Gabriel Miró*, de Vicente Ramos. Madrid, 1964, p. 47.

aspiraciones literarias, sobre hacia dónde y con qué autores quería ir acompañado. Para esto son imprescindibles los tres primeros capítulos del erudito y excelente estudio de Vicente Ramos, *El mundo de Miró* (16). Hay que destacar el manuscrito inédito del íntimo amigo de Miró, el doctor Francisco Figueras Pacheco, sobre la formación y preferencias literarias del joven, entonces, novelista: «Durante el período comprendido entre el verano de 1899 y el mes de noviembre de 1901 los autores de finales de siglo que más le atraían eran: Pereda, Valera, Alarcón. Compra *La historia de las ideas estéticas en España* y la *Historia de los heterodoxos españoles*, de Menéndez y Pelayo. También los tomos del Rivadeneyra. Se sabía de memoria estrofas de Núñez de Arce, de Espronceda y, de manera prodigiosa, recitaba a Zorrilla, especialmente y con más frecuencia la poesía famosa del entierro de Larra... Gabriel Miró, hasta después de bien cuajado y definido el literato, siguió admirando y saboreando las obras de Zorrilla».

Hay otro poeta que le fascina: «Las composiciones del vate magagueño [Salvador Rueda] impresionaron hondamente a nuestro prosista, tan por la belleza y expresividad de sus imágenes como por la espléndida policromía que matizaba sus versos y la música que vibraba en todos ellos. Yo iba a diario a casa de Gabriel y soy testigo de los aplausos que tributaba al cantor de Tabarca» (17).

Otros autores españoles que los críticos han señalado son: Cervantes (18), Quevedo (19), Fray Luis de Granada (20), Santa Teresa de Jesús, de la cual, en opinión de Azorín, «procede la prosa limpia y exacta de Miró» (21). Vicente Ramos, en su citada obra, da una

---

(16) También del mismo autor, *Gabriel Miró*. Alicante, 1979.

(17) Para la amistad entre Rueda y Miró, véase Vicente Ramos, *El mundo de Gabriel Miró*, pp. x, xiii.

(18) Entre otros críticos, J. de Entrambasaguas, que la considera decisiva: «Cervantes le dio, con el *Quijote*, fundamentalmente, un vocabulario y una sencillez sintáctica, verdaderamente áureas». *Gabriel Miró*, en *Las mejores novelas contemporáneas*. Barcelona, 19, IV, página 659.

(19) El amigo de Miró, el doctor Figueras Pacheco y Adolfo Lizón, en *Gabriel Miró y los de su tiempo*. Madrid, 1944, pp. 77-78.

(20) Carlos Sánchez Gimeno, *Gabriel Miró y su obra*. Valencia, 1960, p. 92.

(21) *Gabriel Miró, In memoriam*. Obras completas, Madrid, Aguilar, IV, p. 993. También en la misma página: «¡Con qué amor pule, acicala y acendra este dilecto amigo el idioma castellano! ¡Cómo va reastreado en los místicos—especialmente en Santa Teresa—vocablos rancios y expresivos y sabrosas maneras de decir!» Y, en la página anterior: Miró «es, ante todo, un paisajista; más un paisajista originalísimo, que se ha creado en la lectura de los clásicos—especialmente de Santa Teresa, la gran desarticuladora del idioma—un estilo conciso, descarnado, lapidario, reseco, que nota los detalles más exactos con una rigidez inaudita y que llega, en ocasiones, a producir en el lector una sensación extraordinaria de morbosidad y de inquietud...» No es ahora ocasión de manifestar cierta sorpresa, y justificarla, ante ese estilo descarnado con que Azorín caracteriza el escribir de Miró.

larga lista de autores españoles que ha encontrado en la obra de Miró.

Hay otro escritor que no se ha citado y que, creo, influyó en un par de aspectos en él. Es su paisano don Vicente Blasco Ibáñez con sus novelas del ciclo valenciano: *La barraca* (1898), *Cafias y barro* (1902), anteriormente *Cuentos valencianos* (1896) y el también libro de cuentos *La condenada* (1900). Y también en 1900, *Entre naranjos*. Esta influencia, claro está, debido a la personalidad de Miró, fue sentida y modificada a su manera. Muy a su manera en las descripciones plásticas del paisaje, pero no está completamente exento Blasco Ibáñez. El paisaje valenciano de Blasco Ibáñez está expresado de forma vigorosa y bastante objetiva. En Miró es más íntima y tenue. Sin embargo, los dos contemplan el paisaje con ojos parecidos y parecido es el sentimiento de admiración devota por la tierra natal, que tanto valoran y tan hondamente les afecta. Muy luminoso, a veces, en Blasco Ibáñez. Luminoso y lírico tan sólo en Miró. De Blasco Ibáñez, como captador del paisaje valenciano, Azorín ha escrito admirables juicios y apreciaciones (22).

Más notoria se muestra otra influencia del novelista valenciano en el alicantino: la abundancia de expresiones en lengua valenciana que se encuentran en sus libros, especialmente en *Del vivir*. También Azorín, aún José Martínez Ruiz, de manera muy parca se servirá en alguna de sus narraciones (23).

En *Del vivir* encontramos: *¡Donen llàstima!* (¡Dan lástima!), *la filla de...* (la hija de...), *maúros* (maduros), *No puc dirlo; tal volta no, siñora* (No puedo decirlo; tal vez no, señora), *siñor* (señor), *Atra volta; atra volta* (Otra vez, otra vez), *¡Es fa de dia!* (Se hace de día!) *A mort de gloria* (A muerte de gloria) (24), *L'adres, lladres* (Ladrones, ladrones), *mas* (masía), *¡Ei;* conformidad (¡Qué se le va hacer!), *albat* (niño muerto antes de tener uso de razón), *lo manco* (lo menos), etc. Reproduce la pronunciación valenciana de la gente rural en algunas palabras castellanas: *dose, desía, hase sapatos*, «¿Qué le parece, señor de Sigüenza?» También, como Blasco Ibáñez, los nombres propios y los apodos de los personajes rurales aparecen en su forma valenciana.

---

(22) *El paisaje de España visto por los españoles*. 1917, cap. XIII. «Valencia» y *Valencia*, 1941, cap. XXXV. «Blasco Ibáñez».

(23) Véase su narración «Apunte», publicada en la revista *Las Bellas Artes*, Valencia, 1 diciembre de 1894. Se encuentra recogida en mi trabajo *Valencia en Azorín*, Valencia, 1968, páginas 27-28.

(24) Es el toque de campanas por la muerte de un niño pequeño, inocente, el *albat* o *albaet*, ya que va al cielo. Blasco Ibáñez, en *La barraca*, cap. VIII, describe las ceremonias fúnebres que en la huerta se acostumbraban hacer en estas ocasiones, costumbres ya hace mucho tiempo desaparecidas.